

JUNICHIRO TANIZAKI

LAS HERMANAS MAKIOKA

Traducción del inglés de
Miguel Ménéndez Cuspinera

 **Siruela**

Libros del Tiempo

Personajes principales

Las cuatro hermanas Makioka:

Tsuruko, la señora de la casa más antigua o «principal» de una familia de Osaka, la cual, según la tradición japonesa, tiene autoridad sobre las ramas colaterales.

Sachiko, la señora de la casa de la rama menor en Ashiya, pequeña ciudad de los alrededores de Osaka. Por razones sentimentales y de comodidad, las hermanas menores solteras prefieren vivir con ella, un poco contra la tradición.

Yukiko, de treinta años y aún soltera, tímida y reservada, actualmente no muy solicitada; tantas peticiones de mano han sido rechazadas en años anteriores que la familia ha adquirido fama de altivez a pesar de que su fortuna disminuye.

Taeko (familiarmente llamada Koi-san), más voluntariosa y refinada de lo que corresponde a sus veinticinco años; espera impaciente el matrimonio de Yukiko para que sus relaciones secretas con un hombre puedan ser legitimadas ante el mundo.

Tatsuo, marido de Tsuruko, cauteloso empleado de banco que tomó el apellido de los Makioka y que, al retirarse su padre adoptivo, se convirtió en el cabeza de familia según la costumbre japonesa.

Teinosuke, marido de Sachiko, contable con notables inclinaciones literarias e instintos mucho más humanos que Tatsuo; también ha tomado el apellido de los Makioka.

Etsuko, hija de Sachiko, chiquilla precoz que acaba de ingresar en la escuela.

O-haru, criada de Sachiko.

La señora *Itani*, dueña de un salón de belleza, inveterada comadre cuya profesión se presta al emocionante juego de concertar matrimonios.

Okubata (familiarmente llamado el chico *Kei*), el hombre con quien Taeko intentó escaparse a los diecinueve años y al que continúa viendo en secreto.

Itakura, hombre sin posición social, por el que Taeko se siente atraída al ver que su compromiso con Okubata se demora demasiado.

LIBRO I

1

–Por favor, ¿quieres hacerme eso, Koi-san?

Al ver por el espejo que Taeko había aparecido tras ella, Sachiko dejó de empolvase la espalda y tendió la borla a su hermana. Sus ojos aún estaban fijos en el espejo y evaluaban aquella cara como si perteneciera a otra persona. La ropa interior larga que llevaba, que le llegaba hasta el cuello, se proyectaba rígida por detrás. Y le dejaba al descubierto espalda y hombros.

–Y Yukiko, ¿dónde está?

–Vigilando los ejercicios de Etsuko –respondió Taeko.

Las dos hablaban en el plácido y lento dialecto de Osaka. Taeko era la más joven de la familia, y en Osaka la chica más joven es siempre Koi-san, ‘hijita’.

Se podía oír el piano abajo. Yukiko había terminado pronto de vestirse, y la pequeña Etsuko siempre necesitaba alguien a su lado cuando ensayaba. Jamás protestaba cuando se iba su madre, con tal que Yukiko se quedara a hacerle compañía. Hoy, al ver que su madre y Yukiko y Taeko se vestían para salir, se mostraba rebelde. Muy a regañadientes concedió su permiso cuando le prometieron que por lo menos Yukiko regresaría inmediatamente después del concierto –que empezaba a las dos– y estaría con ella a la hora de cenar.

–Koi-san, tenemos otra propuesta para Yukiko.

–¿Eh?

La blanquecina borla bajaba desde la nuca a la espalda y los hombros de Sachiko. Esta no estaba encorvada en absoluto y, sin embargo, la carne opulenta, voluminosa de la nuca y la espalda daba cierta impresión de que se agachaba. El cálido color de su piel, bajo la clara luz del sol otoñal, hacía difícil creer que tuviera más de treinta años.

–Llegó por medio de Itani.

–¿Eh?

–Ese hombre trabaja en una oficina, Industrias Químicas M. B., dice Itani.

–¿Acomodado?

–Gana unos ciento setenta o ciento ochenta yenes al mes, posiblemente doscientos cincuenta, con los pluses.

–Industrias Químicas M. B. ¿Una compañía francesa?

–¡Qué lista eres! ¿Cómo te enteraste?

–Pues mira, lo sé.

Taeko, la menor, estaba realmente mucho mejor informada en tales materias que sus hermanas. A veces daba la sensación de que se aprovechaba de su ignorancia para hablarles con una condescendencia propia de una persona de más edad.

–Jamás había oído hablar de las Industrias Químicas M. B. La oficina central está en París, dice Itani. Parece que es muy importante.

–Tienen un gran edificio en el puerto de Kobe. ¿No te has fijado nunca?

–Ese es el sitio. Ahí es donde trabaja.

–¿Sabe él francés?

–Eso parece. Se graduó en la especialidad de francés de la Academia de Lenguas de Osaka, y pasó una temporada en París... aunque no larga. Gana cien yenes al mes enseñando francés por las noches.

–¿Tiene propiedades?

–Muy poca cosa. Conserva aún la casa solariega de su familia en el campo –su madre vive allí– y una casa y un terreno en Kobe. Y nada más. La casa de Kobe es muy pequeña, y la compró a plazos. Como ves, todo muy sencillo.

–Sin embargo, no tiene que pagar alquiler. Puede vivir como si tuviera más de cuatrocientos al mes.

–¿Crees que podría ser un buen partido para Yukiko? Solo tiene que preocuparse por su madre, y esta nunca va a Kobe. Ya pasa de los cuarenta, pero no ha estado nunca casado.

–¿Por qué no, si pasa de los cuarenta?

–No ha encontrado a nadie lo bastante refinado para él, dice Itani.

–Muy raro. Tendríais que hacer averiguaciones.

–Y dice Itani que está muy entusiasmado con Yukiko.

–¿Y le mandasteis su retrato?

–Le dejé uno a Itani, y ella se lo mandó sin decírmelo. Dice que está muy satisfecho.

–¿Tienes un retrato de él?

Abajo, continuaban los ejercicios. No parecía probable que Yukiko las sorprendiera.

–Mira en el cajón de arriba, a la derecha. –Frunciendo los labios como si fuera a besar el espejo, Sachiko cogió el lápiz de labios–. ¿Lo encontraste?

–Aquí está. ¿Se lo habéis enseñado a Yukiko?

–Sí.

–¿Y qué ha dicho?

–Como de costumbre, casi nada. ¿Qué opinas, Koi-san?

–Que es muy feo. O quizá solo un poquitín feo. Un mediocre empleado de oficina, lo puedes ver a la primera ojeada.

–Pues es precisamente eso, después de todo. ¿Por qué te sorprende?

–Puede haber una ventaja. Podrá enseñar francés a Yukiko.

Satisfecha en términos generales con su rostro, Sachiko empezó a desdoblar un quimono.

–Por poco se me olvida. –Levantó la vista–. Me siento un poco corta de B. ¿Me haces el favor de decírselo a Yukiko?

El beriberi se cernía siempre por la región de Kobe-Osaka; cada año, al pasar del verano al otoño, toda la familia –Sachiko, su marido, sus hermanas y Etsuko, que recientemente había empezado a ir a la escuela– se resentía de él. La inyección de vitamina se había convertido en un hábito de la familia. Ya no iban a ver al médico, pero en cambio tenían al alcance de la mano una provisión de vitaminas concentradas que se administraban mutuamente con completa despreocupación. Una sombra de apatía

era atribuida inmediatamente a la falta de vitamina B y, aunque ya habían olvidado quién acuñó la expresión «corto de B», todos la entendían.

Los ejercicios de piano habían terminado. Taeko llamó desde lo alto de la escalera y salió una de las criadas.

—¿Puedes preparar una inyección para la señora Makioka, por favor?

2

La señora Itani (todo el mundo la llamaba Itani) tenía un salón de belleza cerca del Hotel Oriental, en Kobe, y Sachiko y sus hermanas figuraban entre sus clientas asiduas. Sabiendo que Itani se moría por planear matrimonios, Sachiko le había hablado una vez del problema de Yukiko y le había dejado una fotografía para que se la mostrara a los probables candidatos. Hacía poco, al ir Sachiko para una permanente, Itani aprovechó unos pocos minutos libres para invitarla a salir y tomar una taza de té. En el vestíbulo del Hotel Oriental, Sachiko oyó por primera vez el relato de Itani.

Había sido un error no hablar antes con Sachiko, reconocía Itani, pero había tenido miedo de que, si desperdiciaban el tiempo de que disponían, llegaran a perder una buena oportunidad. Había oído hablar de aquel posible marido para la señorita Yukiko, y le había mandado la fotografía —solo eso, nada más— hacía aproximadamente un mes y medio. No había vuelto a saber nada de aquel hombre, y ya casi lo había olvidado, cuando se enteró de que al parecer estaba ocupado investigando los orígenes familiares de Yukiko. Había descubierto todo lo que se relacionaba con la familia Makioka, incluso con la rama principal de Osaka.

(Sachiko era la segunda hija. Su hermana mayor, Tsuruko, estaba al frente de la casa principal, en Osaka.)

...Y continuó haciendo averiguaciones acerca de la propia señorita Yukiko. Fue a la escuela a ver a su profesor de caligrafía, y a la mujer que le había enseñado la ceremonia del té. Lo descubrió todo. Incluso se enteró del asunto del periódico y se fue a dar una vuelta por las oficinas para ver si había habido un error en la información. A Itani le parecía claro que había quedado satisfe-

cho de los resultados de la investigación, pero, para estar segura de ello, le dijo que debería encontrarse con Yukiko y ver por sí mismo si era la clase de muchacha que había descrito el artículo del periódico. Itani estaba segura de haberlo convencido. Era muy modesto y discreto, decía ella, y objetó que no pertenecía a la misma clase que la familia Makioka y tenía muy pocas esperanzas de encontrar una novia tan espléndida, y que si, por azar, se podía arreglar el matrimonio, le apenaría ver a la señorita Yukiko intentando vivir de su miserable salario. Pero, por si había alguna posibilidad, esperaba que Itani mencionara al menos su nombre. Esta se había enterado de que sus antepasados hasta su abuelo habían sido los principales criados de un *daimyo* poco importante, en la costa del mar del Japón, y de que aún les quedaba una parte de la finca familiar. En cuanto a la familia, pues, no parecía estar a mucha distancia de los Makioka. ¿No estaba de acuerdo Sachiko? Los Makioka eran una antigua familia, desde luego, y, probablemente, en Osaka todo el mundo había oído hablar de ellos en una ocasión u otra. Pero de todos modos –Sachiko tendría que perdonarla por decirlo así–, no podían vivir siempre de sus viejas glorias. Descubrirían solo que la señorita Yukiko había perdido finalmente su oportunidad. ¿Por qué no buscar un compromiso, mientras se estaba a tiempo, con alguien que no fuera inadecuado del todo? Itani admitía que el sueldo no era gran cosa, pero aquel hombre tenía solo cuarenta años y no era del todo imposible que llegara a ganar más. Y no era como si estuviera trabajando para una compañía japonesa. Le quedaba tiempo libre, y con más clases nocturnas estaba seguro de ganar sin dificultad cuatrocientos yenes o más. Le podría proporcionar por lo menos una criada; de eso no cabía duda. Y en cuanto al hombre en sí, el hermano de Itani lo conocía desde que eran muy jóvenes y lo había recomendado encarecidamente. Aunque lo perfectamente ideal sería que los Makioka hicieran por su parte las debidas averiguaciones, no parecía haber duda de que la única causa de no haberse casado antes era la de no haber encontrado a nadie de acuerdo con sus gustos. Puesto que había estado en París y había pasado de los cuarenta, era difícil garantizar que no hubiera querido saber nada de mujeres, pero cuando Itani lo vio se dijo a sí misma: «He aquí un hombre honrado, gran trabajador, que no pertenece

ni remotamente a la clase de los que juegan con las mujeres». Era bastante razonable, para un hombre de tan buena conducta, exigir una muchacha elegante, refinada; pero por algún motivo –quizá como una reacción después de su visita a París– insistió también en que solo aceptaría una belleza puramente japonesa –gentil, plácida, graciosa, capaz de llevar vestidos japoneses. No importaba cómo le quedaran los trajes extranjeros–. También quería un rostro bello, naturalmente, pero más que nada deseaba manos y pies bonitos. Para Itani, la respuesta perfecta le pareció la señorita Yukiko.

Esta era su historia:

Itani mantenía a su marido, paralítico, y, después de hacer estudiar a su hermano en la Escuela de Medicina, había enviado aquella primavera a su hija a Tokio para que ingresara en la Universidad Femenina de Japón. Responsable y práctica, era mucho más lista que la mayoría de las mujeres, pero su manera de decir sin rodeos lo que pensaba, sin ambages ni circunloquios, era tan poco femenina, que uno a veces se preguntaba cómo conseguía conservar a las clientas. Y sin embargo, no había nada artificial en su franqueza –uno tenía solo la sensación de que era preciso decir la verdad– y, por tanto, Itani provocaba cierto resentimiento. El torrente de palabras se precipitaba como por un dique roto. Sachiko no podía evitar pensar que aquella mujer era atrevida, pero, dado que la animosa Itani se parecía tanto a un hombre habituado a ser obedecido, quedaba claro que aquella era la manera de expresar su amistad y su ayuda. Una consideración aún más poderosa era el razonamiento en sí, que carecía de fallos. Sachiko tenía la sensación de que se había quedado clavada en el suelo. Hablaría con su hermana de Osaka y quizá podrían hacer algunas averiguaciones. Aquí había terminado el asunto.

Podría ser que alguien buscara profundas y sutiles razones para explicar el hecho de que Yukiko, la tercera de las cuatro hermanas, hubiera pasado la edad de casarse y alcanzado los treinta sin marido. No había, en realidad, ninguna razón «profunda» digna de ese nombre. O, si había que encontrar una, acaso consistía en que Tsuruko, en su casa solariega, Sachiko y la propia Yukiko recordaban todas el lujo de los últimos años de la vida de su padre y la dignidad del apellido de los Makioka; en una palabra,

eran esclavas del apellido familiar, del hecho de que eran miembros de una antigua y honorable familia. En su esperanza de encontrar para Yukiko un marido digno, habían rechazado todas las propuestas que les habían llovido durante los años anteriores. Nadie comprendería qué era lo que querían. Ahora el mundo ya se había cansado de sus desaires, y la gente ni siquiera mencionaba a posibles candidatos. Mientras, la fortuna de la familia disminuía. No había duda, pues, de que Itani había sido bondadosa al apremiar a Sachiko a «olvidar el pasado». Los mejores días de los Makioka habían llegado quizá hasta mediados de 1920. Su prosperidad solo perduraba ahora en la memoria de los habitantes de Osaka que habían conocido bien los viejos tiempos. En efecto, incluso ya en aquella época, las extravagancias y la mala administración habían ejercido sus efectos en el negocio familiar. La primera de una serie de crisis les había sorprendido entonces. Poco después murió el padre de Sachiko, el negocio disminuyó, y la tienda de Semba, situada en el corazón de la vieja Osaka —que se enorgullecía de una historia que comenzaba a mitad del siglo pasado durante los días del shogunato—, tuvo que ser vendida. A Sachiko y Yukiko les resultó difícil olvidar cómo les había ido en vida de su padre. Antes de ser derribada la tienda para dejar sitio a otro edificio más moderno, no podían pasar por delante de la sólida fachada de ladrillo y mirar por los escaparates al sombrío interior sin un estremecimiento de pena.

Había cuatro hijas, y ningún hijo, en la familia. Al retirarse el padre, el marido de Tsuruko, que había tomado el apellido de Makioka, se convirtió en el cabeza de la familia. También se casó Sachiko, y también su marido tomó el apellido Makioka. Cuando Yukiko llegó a esa edad, sin embargo, ya no tenía, por desgracia, a su padre para buscarle un buen partido y no se llevaba muy bien con su cuñado Tatsuo, el nuevo cabeza de familia. Este, hijo de un banquero, había trabajado en un banco antes de convertirse en heredero de los Makioka y, de hecho, incluso poco después, había dejado, en gran parte, la dirección de la tienda a su padre de adopción y al encargado principal. A la muerte del padre, Tatsuo desoyó las protestas de sus cuñadas y del resto de la familia, que pensaban que aún se podía salvar algo, y permitió que la vieja tienda pasara a manos de un hombre que había sido en otro

tiempo sirviente de la familia. El propio Tatsuo volvió a su antiguo banco. Justo al revés que el padre de Sachiko, que gastaba con ostentación, Tatsuo era austero y solitario casi hasta la timidez. Con esa manera de ser, llegó a la conclusión de que, antes que tratar de dirigir un negocio que no le era familiar y que estaba cargado de deudas, debía emprender un curso más seguro y dejar perecer la tienda, y cumplir así con su deber respecto a la familia Makioka; y en realidad había escogido ese camino precisamente porque se preocupaba mucho por sus obligaciones como heredero de la familia. Para Yukiko, sin embargo, atraída por el pasado, había algo en su cuñado muy poco satisfactorio, y estaba segura de que, desde la tumba, su padre también hacía reproches a Tatsuo. Fue durante esta crisis, poco después de la muerte del padre, cuando Tatsuo se convirtió en entusiasta buscador de un marido para Yukiko. El candidato en cuestión era el heredero de una rica familia y directivo de un banco de Toyohashi, no lejos de Nagoya. Como ese banco y Tatsuo tenían relación, este poseía todo lo necesario para estar enterado del carácter del hombre y de su situación financiera. La posición social de la familia Saigusa de Toyohashi era incuestionable, acaso un poco demasiado alta para lo que había llegado a ser la familia Makioka. El hombre en sí era admirable en todos los aspectos, e inmediatamente se convino una entrevista con Yukiko. A todo lo cual esta puso objeciones y no hubo manera de hacerla cambiar de opinión. No era que, en realidad, encontrara defectos en el aspecto y maneras de aquel hombre, pero dijo que era demasiado rústico. Aunque sin ningún género de dudas era tan admirable como decía Tatsuo, se podía ver a simple vista que carecía por completo de inteligencia. Había caído enfermo al terminar la enseñanza secundaria, se decía, y no había podido ir más allá, pero Yukiko no podía evitar la sospecha de que la estupidez tenía algo que ver en el asunto. Sabiéndose con un título expedido por un seminario para señoritas y con matrícula de honor en inglés, Yukiko estaba segura de que sería completamente incapaz de respetar a aquel hombre. Y, además, por enorme que fuera la fortuna de que era heredero y por muy seguro que fuera el futuro que le ofrecía, la idea de tener que vivir en una ciudad provinciana como Toyohashi le resultaba insoportablemente sombría. Yukiko gozó de la ayuda de Sachiko;

no había que pensar en enviar a la pobre muchacha a semejante sitio. Aunque Tatsuo, por su parte, admitía que Yukiko no carecía de inteligencia, había llegado a la conclusión de que, para una muchacha japonesa por los cuatro costados y extremadamente reservada, una vida plácida y segura en una ciudad provinciana, libre de toda innecesaria excitación, sería el ideal, y no se le había ocurrido que la propia dama pusiera objeciones. Pero la tímida e introvertida Yukiko, incapaz como era de abrir la boca en presencia de extraños, poseía un temperamento fuerte que era difícil de conciliar con su aparente docilidad. Tatsuo descubrió que su cuñada, a veces, no era tan sumisa como parecía.

En cuanto a Yukiko, todo habría ido bien si hubiera aclarado su postura inmediatamente. En cambio, se empeñó en dar respuestas vagas que podían significar cualquier cosa, y cuando llegó el momento crucial no fue a Tatsuo o a su hermana mayor a quienes reveló sus sentimientos, sino a Sachiko. Eso quizá en parte era porque le resultaba difícil hablar de ello con el entusiasta Tatsuo; pero era uno de los defectos de Yukiko, decir apenas lo suficiente para hacerse comprender. Tatsuo había concluido que Yukiko no era contraria a la propuesta, y el futuro novio aún se entusiasmó más después de la entrevista; dejó claro que tendría a Yukiko y a nadie más. Las negociaciones habían avanzado hasta el punto, pues, en que ya era virtualmente imposible dar un paso atrás con elegancia; pero una vez Yukiko dijo «no», su hermana mayor y Tatsuo podrían haber establecido turnos para hablarle hasta enlunarse y no hubiera habido esperanzas de llegar a conmovérsela. Dijo «no» hasta el final. Tatsuo se sentía especialmente satisfecho con la pareja propuesta porque estaba seguro de que era de los que habría aprobado su difunto suegro, y su decepción fue, por tanto, enorme. Lo que más le molestaba de todo era que uno de los directivos de su banco había actuado de intermediario. El pobre Tatsuo se preguntaba qué le podría decir a aquel hombre. Si Yukiko hubiera expuesto objeciones razonables, naturalmente, habría sido otra cosa, pero aquella búsqueda de defectos menores —que aquel fulano no tenía cara de inteligente, decía ella—, que daba después como razones para rechazar alegremente una propuesta de una naturaleza que no era probable que se presentara de nuevo, solo podía explicarse por la terquedad de Yukiko. O,

si uno se decidía a albergar tales sospechas, quizá no era imposible llegar a la conclusión de que había actuado deliberadamente para poner en un aprieto a su cuñado.

Tatsuo, en apariencia, había aprendido la lección. Cuando alguien se le presentaba con una propuesta, le escuchaba con mucha atención. Pero ya no salía en busca de un marido para Yukiko, y trató de evitar siempre que le fue posible mezclarse en tratos de matrimonio.

3

Había, sin embargo, otra razón en las dificultades para encontrar marido a Yukiko: «el asunto que llegó hasta los periódicos», como lo llamaba Itani.

Unos cinco o seis años antes, cuando tenía diecinueve, Taeko, la más joven de las hermanas, se había fugado con el hijo de los Okubata, una antigua familia de Semba que tenía una joyería. Sus motivos eran bastante razonables, al parecer; la tradición no le permitía casarse antes de encontrar un marido para Yukiko, por lo que había decidido tomar medidas extraordinarias. Ambas familias, sin embargo, no simpatizaban. Los enamorados fueron pronto localizados y llevados a casa, y así el incidente se hubiera olvidado de no haber sido por el hecho poco afortunado de que un periódico de Osaka lo recogió. En el relato del periódico, Yukiko, y no Taeko, se convirtió en protagonista, e incluso apareció su edad. Tatsuo le dio vueltas a lo que tenía que hacer: ¿pediría, por consideración a Yukiko, una retractación? Pero no resultaría acertado, pues significaría, en efecto, confirmar el relato de la mala conducta de Taeko. ¿Debía, pues, ignorar el artículo? Finalmente llegó a la conclusión de que, cualesquiera que fueran los efectos sobre la parte culpable, no tenía que salpicarle a la inocente Yukiko. Pidió una retractación. El periódico publicó una versión rectificadora y, como habían temido, esta vez el público leyó cosas de Taeko. Aunque sabía que tenía que haber consultado antes a Yukiko, también sabía que no podía esperar que esta le diera una auténtica respuesta. Y había la posibilidad de que se produjera un disgusto entre Yukiko y Taeko, cuyos intereses, en el